



SAN CAYETANO

y su Devoción a la Cruz

Aleksander Iwaszczonek CR

2024

CHIERICI REGOLARI TEATINI

Vicenza

San Cayetano

y su Devoción a la Cruz

Aleksander Iwaszczonek CR

1. Introducción	4
2. Referencias biográficas.....	6
3. El misterio de la Cruz en la espiritualidad de San Cayetano	12
4. Devoción de San Cayetano al Crucifijo	18
5. Visión de la Cruz de San Cayetano siete días antes de morir.....	21
6. El Crucifijo de San Cayetano	24
7. Oración compuesta por San Cayetano	26
8. Devoción de San Cayetano	28
los viernes	28
9. Devoción de San Cayetano al Pesebre y a las Almas del Purgatorio	31
10. El Tránsito de San Cayetano	38
11. Conclusión	45
Bibliografía esencial.....	46



1. Introducción

La celebración del V centenario de la fundación de la Orden de Clérigos Regulares es una ocasión ideal para profundizar el rico patrimonio espiritual que san Cayetano y los Teatinos han entregado a la Iglesia y a la sociedad durante medio milenio: un patrimonio que concierne no solo a la espiritualidad, a la teología, a la liturgia, a la arquitectura, y a la música, sino también a la vida eclesial, y en sentido amplio, a la reforma misma de la Iglesia, especialmente en el siglo XVI, precediendo al concilio de Trento.

El hecho mismo del nacimiento del clero regular antes de la convocatoria del Concilio, que más tarde se convirtió en el emblema de la contrarreforma, impulsa e invita a reconsiderar la esencia de la "Reforma Católica" iniciada antes de la llamada "Reforma Protestante" y, al mismo tiempo, a profundizar en las finalidades y la espiritualidad de los autores que guiaron los cambios de época en el seno de la Iglesia y de la sociedad europea en los albores del siglo XVI.

San Cayetano Thiene fue uno de esos grandes santos que fundaron su espiritualidad en la devoción a la Pasión de Cristo, especialmente a la Santa Cruz, y precisamente ella lo movió a consumirse en su actividad pastoral por la reforma de la Iglesia. Reforma en la que, a diferencia de su contemporáneo Martín Lutero, San Cayetano trabajó de abajo hacia arriba, reformando el clero, entregándose al apostolado entre los pobres, los enfermos y las prostitutas.

Hoy Nápoles dedica a San Cayetano la plaza frente a la basílica de San Pablo Mayor, en cuyo interior se conservan las reliquias de sus hermanos y seguidores: San Andrés Avelino, los beatos Juan Marinoni, Pablo Burali d'Arezzo y los venerables Giacomo Torno, Lorenzo Scupoli, Francesco Olimpico y muchos otros grandes Teatinos.

Y también en la plaza, como en todas las puertas de Nápoles, hay una estatua de San Cayetano, desde hace siglos, elegido co-patrono de la ciudad, segundo después de San Jenaro. Su nombre es uno de los más difundidos en Nápoles y en toda la provincia.





2. Referencias biográficas

Cayetano nació en 1480 en Vicenza, en la noble familia de los condes de Thiene, fue educado por su madre María da Porto y muy joven, con solo 24 años, se graduó en la Universidad de Padua *in utroque iure*, en derecho civil y canónico. Al no ser el primogénito, tuvo que abrazar la vida eclesiástica y trasladarse a Roma en 1506, convirtiéndose pronto en secretario particular del papa Julio II, y posteriormente nombrado protonotario apostólico. A pesar de las seducciones de la Corte Pontificia, Cayetano perseveró en una vida santa y austera. En aquellos mismos años guió la construcción de una iglesia dedicada a Santa María Magdalena en Rampazzo, cerca de Vicenza.



Posteriormente, en virtud de una dispensa del papa León X, San Cayetano recibió todos los grados del sacramento del orden en solo cuatro días, del 27 al 30 de septiembre de 1516. Y tuvo también una correspondencia espiritual con la mística - "beata" Sor Laura Mignani, monja agustina y abadesa del monasterio de la Santa Cruz de Brescia, que lo animó a progresar en la santi-

dad. En Roma, Cayetano se inscribió entre los miembros de la Compañía del Divino Amor, con el objetivo de ayudar a los pobres y a los enfermos. Allí conoció también a Juan Pedro Carafa (secretario de Clemente VII), futuro Papa Pablo IV, Bonifacio de Coli y Pablo Consiglieri, con quienes fundó en 1524 la orden de los Clérigos Regulares Teatinos, la primera de la Reforma Católica.



Durante el saqueo de Roma en 1527, San Cayetano fue cruelmente torturado por los lansquenets y tuvo que abandonar la capital de los Estados Pontificios para refugiarse en Venecia. En 1533 por voluntad de Clemente VII, junto con el Beato Juan Marinoni se trasladó a Nápoles, donde colaboró con la Venerable Sor María Ca-



rafa, fundadora de *La Sapienza*, el primer monasterio femenino reformado. Impulsó, junto a la beata Maria Lorenza Longo (catalana fundadora en Nápoles del Hospital de los Incurables, donde San Cayetano desempeñó su labor pastoral durante varios años) la fundación en 1535 de la orden de las monjas capuchinas, y junto a la venerable María Ayerbo, también ella una noble catalana, en 1538, fundaron le *Pentite* “Arrepentidas” - el monasterio de las ex prostitutas.

En ese mismo año les fue confiada a los Teatinos la iglesia de San Pablo Mayor, que más tarde se convertiría en el sepulcro de San Cayetano. En 1539 se dedicó al establecimiento en Nápoles del *Monte de Piedad*, institución dedi-



cada a sostener económicamente a los pobres, sin la explotación de la usura.

El 7 de agosto de 1547 San Cayetano murió ofreciendo su vida por la paz de la ciudad de Nápoles, atormentada en ese momento por una guerra fratricida. Sus funerales fueron la ocasión propicia para reconciliar a todos los

napolitanos, afligidos por la muerte de su protector.

Cayetano Thiene fue beatificado en 1629 por el papa Urbano VIII y canonizado el 12 de abril de 1671 por el papa Clemente X.



3. El misterio de la Cruz en la espiritualidad de San Cayetano

La Cruz en la espiritualidad teatina

La espiritualidad de los Clérigos Regulares tiene como base las fuentes universales de la revelación cristiana: la Liturgia, la Sagrada Escritura y el Magisterio, alimentándose de ellos de modo correspondiente a su carisma específico: celebrando, anunciando y dirigiendo. La espiritualidad de los clérigos es, pues, una espiritualidad de celebrantes, predicadores y pastores. Al mismo tiempo, los teatinos viven juntos diariamente los tres votos de perfección evangélica; castidad, pobreza y obediencia, en continua conversión personal y llevando la vida comunitaria bajo la guía de la Iglesia, es decir, el enfoque clerical nunca está separado del comunitario.

Cuentan las crónicas que el 3 de mayo del año 1524, bajo el pontificado de Clemente VII, en la fiesta de la Invención de la Santa Cruz, San Cayetano Thiene tuvo una mística visión de la Cruz, indicándole el camino para poder reformar la Iglesia a través del compromiso de perfeccionar el clero.

El Cielo mismo confirmaba tal



visión mediante un prodigio, nunca visto ni antes ni después: en diversas partes de Italia cayeron del cielo muchísimas pequeñas estrellas en forma de cruces resplandecientes, que dejaban en la ropa y en la piel pequeñas marcas también cruciformes, indelebles. El fenómeno fue descrito por los contemporáneos, y muchos sabios lo explicaron como una advertencia de que se debía reformar el mundo por medio de la misma Cruz por la cual la humanidad fue redimida. Nada menos que Pico della Mirandola lo interpretó -y así lo hizo saber al Emperador Maximiliano- como una amonestación divina exigiendo del clero y del pueblo mortificación y reforma auténticas, imitando verdaderamente al Crucificado.



Según narran las biografías, el mismo 3 de mayo de 1524, Cayetano tuvo otra visión en la que los santos Pedro y Pablo se le aparecieron y le dieron la cruz en la mano, para que la levantara como Estandarte de su Orden y bajo su sombra luchara

contra los enemigos de la Santa Iglesia. En la historia oficial de la Orden compuesta por el padre Giuseppe Silos CR se describe así el estilo de vida de los primeros Teatinos:

"Estamos llamados a las cosas más arduas y a la batalla, a ese ejercicio de las cosas más difíciles, que nos enseña la misma cruz. Es el Crucificado quien nos conduce al sacrificio y a la reforma de las costumbres, y también nos impulsa a la austera disciplina de los sentidos y a comprometer el corazón y las energías".



La espiritualidad teatina es así aquella de clérigos que viven una vida comunitaria, simbolizada en la Santa Cruz. Es por eso que la devoción a la Cruz está en el centro del carisma y de la espiritualidad teatina, y para subrayar esto se establece el día de la fundación de la Orden en el 14 de septiembre de 1524, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz. No por casualidad San Cayetano y sus compañeros eligieron la Cruz como escudo de armas.

Lo resume así el primer historiador de los Teatinos - Mons. Giovanni Battista del Tufo CR:

"Haciendo de esta misma Cruz especial empresa y colocándola sobre los tres montes (como se ve hasta hoy) la eligieron para ellos armas y enseña, queriendo tenerla también sobre los sellos impresos. [...] Y para tenerla en la memoria y en el corazón más impreso su recuerdo, ellos hacen diariamente la conmemoración de la Santa Cruz en las Laudes y en las Vísperas".





4. Devoción de San Cayetano al Crucifijo

En su proceso de canonización, algunos testigos declararon que tenía especial devoción hacia San Andrés Apóstol y San Lucas Evangelista, considerados los grandes amantes de la Cruz de Jesús. Su afecto por la cruz era no tenía medida, como atestiguan los diversos episodios que se citan a continuación.

Por ejemplo, al proponerse restablecer la paz entre el obispo de Verona Mons. Gian Matteo Giberti y los fieles, que no apreciaban la actitud demasiado exigente de su pastor, Cayetano primero fue a los pies del Crucificado, pronunciando una larga y conmovedora oración, acompañada incluso de lágrimas de sangre, y después exhortó al clero y al pueblo veronés a obedecer a su celoso pastor. Los fieles escucharon sus súplicas, en





virtud de sus preciosas lágrimas, que conmovieron a todos los que lo presenciaron.

Unos años más tarde, San Cayetano fue destinado por el papa Clemente VII a fundar una comunidad en Nápoles y, teniendo que elegir compañeros para la nueva misión, prefirió preguntar primero a la imagen del

Crucificado: "*Ruego a mi Jesús que me haga asignar el compañero que Él sabe que es el más contrario a mi carácter*". ¡Y como respuesta, la Providencia de Dios le asignó su mejor amigo el beato Juan Marinoni!

También en Nápoles se dirigía al Médico Divino crucificado, para que sanara a un querido hermano enfermo. Se cuenta que el santo veló buena parte de la noche en continua oración, postrado a los pies de un Crucifijo en la iglesia de *Santa María della Stalletta*, rogando con lágrimas y suspiros por la salud del enfermo. Levantándose, con una linterna encendida se dirigió hacia la habitación del enfermo, en puntas de pie para no despertarlo, esperando poder obrar en silencio en secreto. Pero al encontrarlo despierto, atormentado por los dolores de la llaga y el terror de la amputación inminente, San Cayetano lo consoló invitándolo

lo a no perder la esperanza, asegurándole que Dios lo ayudaría. Y finalmente, besando la llaga, lo bendijo. Al instante el hermano sanó milagrosamente.

En las actas del proceso de canonización se conserva la descripción de los éxtasis místicos de San Cayetano, durante los cuales Cristo no solo le permitía llevar su cruz, sino que también lo saciaba con la sangre de su costado.

San Cayetano tenía singular devoción por las Sagradas Llagas, convencido de que meditar sobre ellas le ayudaba a superar el afecto desordenado a las cosas terrenas y materiales y lo impulsaba a enamorarse de las realidades celestiales y espirituales.

Se cuenta que en una de sus visiones San Cayetano contempló a Cristo sufriente, llevando la pesada cruz por los pecados del mundo. La escena suscitó en el Santo tal compasión que comenzó a derramar lágrimas de sangre de sus propios ojos, pidiendo al Señor que le pudiera aligerar, ofreciéndose a cargar la cruz en su lugar. Y en el momento en que Cayetano tomó la pesada Cruz de Cristo, su terrible dolor se convirtió en dulce reposo espiritual.

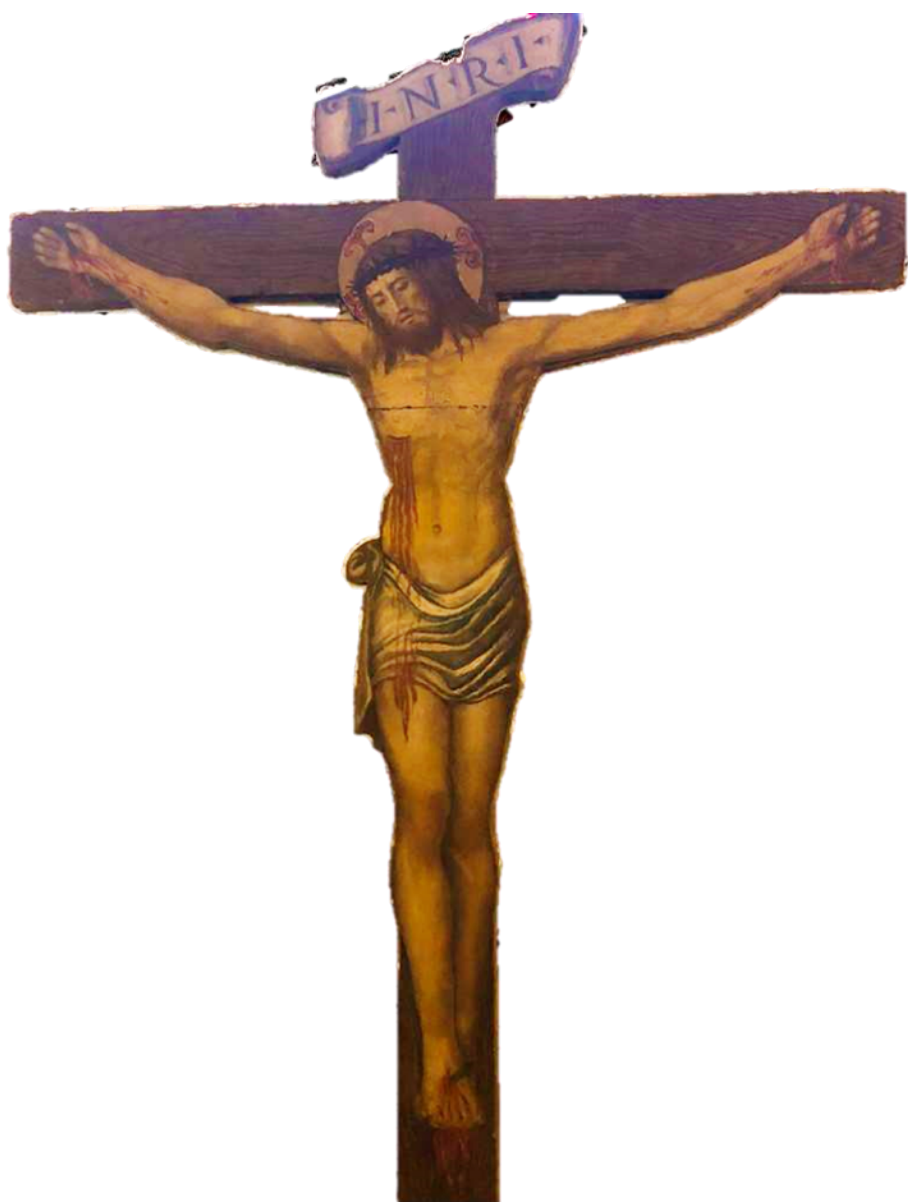
5. Visión de la Cruz de San Cayetano siete días antes de morir

Otro "signo" de la devoción particular de San Cayetano a la Cruz es la Visión que tuvo siete días antes de su muerte. Cuentan los biógrafos que, absorto en su contemplación de la Pasión de Cristo en el Oratorio de San Pablo Mayor en Nápoles, tuvo una aparición de Jesucristo siendo nuevamente crucificando. Mientras se mordía de compasión



al ver la escena, tan trágica y dolorosa, el Salvador le habló: le entregaba la Cruz desnuda, sin el crucificado, precisamente para igualarle, es decir, para que el Santo fuese crucificado con Cristo. Las antiguas biografías recogen también las palabras que Jesús pronunció en aquella visión:

"Si yo, oh Cayetano, me dejé crucificar por ti, déjate también tú crucificar por mí".



6. El Crucifijo de San Cayetano

El Crucifijo de madera, de rasgos naturales, traído por San Cayetano en 1533 de Venecia a Nápoles, se conserva actualmente en la Casa de San Pablo Mayor. Inmediatamente fue objeto de la devoción tanto de los hermanos como de los fieles.

Se dice que ya de niño, Cayetano Thiene tenía la costumbre de pedir gracias a los pies del crucifijo. En las actas del proceso de canonización se conservan testimonios que evidencian el candor virginal y su vigilancia, casi exagerada, de los propios sentidos, y de modo particular de la vista. Se dice que San Cayetano solía mirar hacia abajo, tanto que parecía que se miraba el pecho en lugar de mirar fijamente la cara de quien le hablaba. Las únicas dos excepciones para eran la Hostia Sagrada y el Crucifijo.

Los testigos atestiguan que San Cayetano se deleitaba en mirar la hostia consagrada y contemplar al Crucificado: únicas delicias espirituales sobre las que siempre había fijado la mirada. Además, relatan que San Cayetano no sufría de las llamadas "tormentas visuales", precisamente porque tenía los ojos abiertos solo para Jesús sacramentado o para sus llagas representadas en la Cruz.

Las biografías más antiguas cuentan que el santo tenía en su habitación del palacio de Vicenza un gran crucifijo, al que se dirigía para pedir gracias tanto por él como por los demás, y llevaba este crucifijo consigo a donde fuera.

7. Oración compuesta por San Cayetano

Según la tradición, San Cayetano compuso la oración conocida por todos sus fieles alrededor de 1527 en Venecia, para recitarla en comunidad en favor de los venecianos, grandes benefactores suyos y de los primeros teatinos. Posteriormente la oración fue recitada por el mismo San Cayetano en la ciudad de



Nápoles a partir de 1533 y propagada con gran celo por el Beato Juan Marinoni después de la muerte del santo, ocurrida en 1547.

La oración está formulada en forma de súplica e intercesión, dirigida a Dios Padre en virtud del sacrificio del Hijo, a quien San Cayetano se refiere como "*gran y santo Sacerdote*" y "*Hermano*". Todo el énfasis de la oración se centra en el grito de la sangre de Jesús desde la Cruz, memorial del amor de Dios Padre. El grito que viene de la sangre de Jesús es invocado sobre la ciudad y sobre el pueblo por el cual es ofrecido. Todo esto, unido al apelativo "Sacerdote",

hace entender que se trata de la Sangre eucarística que toma su valor salvífico de la Cruz.

Es muy revelador que, según las crónicas, San Cayetano murió repitiendo las palabras de su propia oración: el sacerdote moribundo invocaba a Jesucristo, Sumo Sacerdote, cuya sangre derramada en la Cruz y ofrecida por los sacerdotes en los altares salvó y continúa redimiendo a todos los que la reciben.

A continuación, se reproducen las palabras de la oración:

“Mira, oh Señor, Padre Santo, desde Tu Santuario y Tu altísima Morada del Cielo, y ve esta Sacrosanta Hostia que nuestro Sumo Sacerdote, tu Santo Hijo, el Señor Jesús, Te ofrece por los pecados de sus hermanos. Sé benevolente con la multitud de nuestros pecados. Esta es la voz de la Sangre de nuestro hermano Jesús clamando a Ti desde la Cruz.

¡Señor, escúchanos! ¡Señor, perdónanos! ¡Señor, atiéndenos y actúa! Dios mío, hazlo por tu honor y no tardes más; pues tu Nombre ha sido invocado sobre esta Ciudad, y sobre tu Pueblo, trátanos según Tu Misericordia. Amén.”

8. Devoción de San Cayetano los viernes



La jornada del viernes, el día en que Jesucristo murió en la cruz, ha estado siempre marcada por las prácticas penitenciales, en particular la abstinencia de carne. El ayuno y la abstinencia son de inestimable ayuda contra las tentaciones, de modo especial contra la concupiscencia de la carne, favoreciendo de este modo la ascesis y el domi-

nio de sí, siempre unidos a la oración y a la limosna. San Cayetano consideraba el día del viernes una especie de gimnasio espiritual, en el que una vez a la semana uno podía dedicarse totalmente a la edificación del alma. El santo fundador de los Teatinos percibía la penitencia como un compromiso total del cuerpo y del espíritu en la conversión, práctica que debía ayudar a confiar lo menos posible en sí mismo y a aprender a confiar solo en Dios.



San Cayetano no imponía la práctica del ayuno, pero recordaba su necesidad en la lucha contra el mal. En la tradición teatina, bajo su influencia, la comunidad adoptó formas concretas de penitencia durante los viernes, como por ejemplo el rezo del Salmo 50 para reparación de los pecados de la Iglesia, o el ayuno limitado a una sola comida al día, seguido de la reunión vespertina para escuchar la palabra de Dios y la oración comunitaria. Además del



ayuno habitual y la abstinencia de carne, San Cayetano prescribía para sus discípulos la lectura de los cuatro Evangelios, especialmente aquellos capítulos que describen la Pasión del Señor. Según la tradición, también estableció que cada viernes, por turno, se debían leer los siguientes capítulos: Mateo 26-27, Marcos 14-15, Lucas 22-23, y Juan 18-19.

En la vida de San Cayetano se cuenta que solía celebrar cada viernes la Misa votiva de la Santa Cruz. Esta piadosa tradición establecida por el Santo se ha transmitido hasta nuestros días. Según la espiritualidad de San Cayetano, cada viernes es un día dedicado a la meditación de la Pasión salvífica de Jesús, para poder prepararse así a la celebración semanal de la Pascua, es decir, al domingo. Y

también para Cayetano, el sacramento de la Eucaristía brotaba del misterio de la Cruz, por lo que no podía haber mejor manera de celebrar el Crucificado que a través del ofrecimiento de su Cuerpo y de su Sangre, inseparable fundamento del sacerdocio cristiano y, por tanto, corazón de una renovada espiritualidad clerical.



Otro modo de santificar las jornadas del viernes fue transmitido por las biografías más antiguas, en las que se recuerda que el santo, junto con la beata María Lorenza Longo, fundadora de las Monjas Capuchinas, solía salir por las calles de Nápoles vestido de cilicio, con una gran cadena al cuello y un crucifijo en la mano, disuadiendo a las prostitutas de no pecar en el día destinado por la Iglesia a la meditación de la Pasión del Salvador y a la penitencia. Se dice que cuando no podía convencer a las pobres muchachas, a menudo forzadas por sus familiares a entregarse a los transeúntes por poco dinero, les pagaba él mismo, de modo tal que al menos no pecasen en ese día tan señalado, y al mismo tiempo pudieran llevar algo de dinero a casa.

9. Devoción de San Cayetano al Pesebre y a las Almas del Purgatorio

Otro aspecto particular de la espiritualidad del santo fundador de los Teatinos concierne no solo a su célebre Visión de Navidad sino también a la devoción a las Almas del Purgatorio, ambas unidas en el misterio de la Cruz.

Como ya se ha afirmado, el santo, a pesar del privilegio que se le concedió para poder ser ordenado en pocos días, demoró la celebración de su primera Misa del 30 de septiembre de 1516 a la Nochebuena del 24 de diciembre de 1516, en la Basílica de Santa María la Mayor de Roma. Entre sus sagrados muros tuvo una visión mística de la Santísima Virgen María que le dio el Niño Jesús en sus brazos, convirtiendo a san Cayetano en un celoso promotor de la devoción al pesebre, junto a la celebración diaria de la Santa Misa.

De hecho, al llegar en 1533 a Nápoles, el santo solía en el período de Navidad, armar con sus propias manos figuras de pastores para el pesebre, reunir a los fieles y dar un sermón sobre la Encarnación, conmoviéndolos profun-





damente a causa de su propia emoción, pues mientras predicaba no podía contener las lágrimas, provocadas por el recuerdo de la mística experiencia de su primera Misa. No es casual que sea precisamente en el siglo XVI en Nápoles que naciera una particular devoción al belén de San Cayetano (hoy también

conocido como "pesebre napolitano"), que expresa el misterio de la encarnación, ambientado en la vida cotidiana: San Cayetano afirmaba y mostraba cómo cada Santa Misa remite al Santo Belén, al misterio de la encarnación que se perpetúa en cada celebración eucarística, traducido en el Misterio de la Cruz, hecho así accesible a los pecadores.

En virtud de esto, a los ojos del Teatino la Santa Misa llevaba gracias tanto a los vivos como a los muertos, promoviendo celosamente las oraciones por las almas de los fieles difuntos. En Nápoles se distinguió como miembro de la Compañía de los Blancos de



la Justicia, que asistían a los condenados a muerte. Y también sus hermanos debían disponer los funerales y las Santas Misas en sufragio de las almas.

San Cayetano creía que no solo era de importancia crítica salvar a los condenados a muerte en su hora final, pero también librar sus almas de la condenación eterna. En consecuencia, alentaba a formar parte de esta compañía a los personajes más ilustres de la sociedad napolitana, inclinados a la reforma interior, creando un círculo de fieles que ofrecían incesantemente oraciones por las almas del Purgatorio.

En efecto, en el siglo XVI en la Basílica de San Pablo Mayor, la iglesia donde fue sepultado San Cayetano, fue instituido también el "Monte de los muertos" con la tarea específica de celebrar las misas en sufragio de los difuntos, como lo hacía en vida el mismo Santo.



Y también en San Pablo Mayor, se instituyó

el Oratorio de la Disciplina con el fin de recitar el oficio de los difuntos en sufragio de las almas del Purgatorio. En poco tiempo semejantes oratorios fueron instituidos en todas las casas de los Teatinos, mientras que en el siglo XVII la Basílica se hizo célebre por los sermones sobre las Almas del Purgatorio, encaminados a volver a presentar las exhortaciones de San Cayetano sobre la necesidad de la oración por los muertos.

Así como el "pesebre napolitano" ideado por San Cayetano debía sensibilizar a los fieles sobre el misterio de la encarnación, así el "pesebre de las almas del Purgatorio", debía impulsar a los fieles a rezar por los difuntos. El pontífice Pío VII estableció a la tumba de San Cayetano como altar privilegiado: la celebración de la Santa Misa en aquel lugar liberaba un alma del Purgatorio. De hecho, en el Santuario algunos frescos representan a San Cayetano intercediendo por las Almas en el Purgatorio, hasta el punto de ser llamado en la devoción popular el "cazador de las almas". Cabe destacar que también en el cementerio de las Fontanelle en Nápoles se encuentra una estatua



de San Cayetano intercediendo por los muertos.

Al respecto, cabe señalar que en el centro del llamado "pesebre de las Almas del Purgatorio" se coloca una gran Cruz. San Cayetano entiende al Crucifijo como el eslabón entre el "belén de las Almas del Purgatorio" y la Eucaristía, la cual a su vez se une al "belén napolitano". Todo esto evidencia tanto la particular devoción a Nápoles por las almas del Purgatorio y por el Pesebre, como su origen común por la espiritualidad de San Cayetano que las ideó a partir de la contemplación de la Cruz.



10. El Tránsito de San Cayetano

En el relato del beato tránsito, lugar central ocupa la descripción de la devoción de San Cayetano a la Santa Cruz. En una de las muchas apariciones, portador de gracias, Jesús le preguntó a Cayetano:

"Pídeme, y pídemelo mucho, que estoy dispuesto a concederte cualquier petición tuya".

Y esta fue la petición del santo:

"Te pido, oh Señor, y te ruego por los méritos también de tu Santísima Madre, que de mí no quede ningún recuerdo en la Iglesia, que no se sepa nunca que he estado, yo Cayetano, en el mundo, que mi cuerpo quede oculto a los ojos de todos, y que al enterrar este cuerpo mío quede también mi nombre sepultado y envuelto en las tinieblas del olvido".

Mientras sufría su agonía final, eligió no el alivio que hubiera podido recibir su cuerpo, sino otra especie de refrigerio: la lectura de la Pasión de Jesús, donde residen los medicamentos más preciosos, los bálsamos, y los remedios más adecuados para sanar su corazón herido, que el mismo Médico Divino se los aplicaría.

Al escuchar la Sagrada Lectura era verdaderamente inimaginable la alegría que sentía en su corazón hasta calmarle los dolores, los afanes de su herida de Amor, anula-

dos en aquella abundancia de consuelos celestiales, resonando en lo profundo del alma, recordando asimismo los prodigios de la Caridad de un Dios que se ha crucificado por nosotros.

En ciertos pasajes del Evangelio, en los que pedía al lector que se detuviera, se hundía extasiado en su pensamiento, mientras que su exterior

mostraba sus efectos fervorosos: llamas en el rostro, lágrimas en los ojos, suspiros del corazón, las agitaciones del cuerpo moribundo, infundiendo asombro y compasión a los muchos seglares que habían acudido junto a su lecho para recibir su última bendición.

Sintiendo acercarse el fin de la vida - también el día preciso le había sido revelado por el Redentor - suplicó a los Padres que lo consolaran con los sacramentos de la Santa Iglesia, anhelando ardientemente recibir dentro de sí a su amoroso y amadísimo Jesús, Guía verdadera, única y segura en la transición a la verdadera vida.

¡Con cuánta devoción, humildad y fervor hacía su última comunión Cayetano, quemado por ese mismo gran fuego de Amor, que llevaba al altar, y con el que consumía el Sacrificio de la Santa Misa!



Mientras tanto, la guerra de Nápoles se agudizaba cada vez más, agravando aún más la herida del afligido corazón de Cayetano, que, aunque oprimido por las angustias y las languideces de su enfermedad, nunca olvidó a su amado pueblo, aunque era pecador, y volvió a ofrecer su vida a Dios para su salvación, con tal oración:

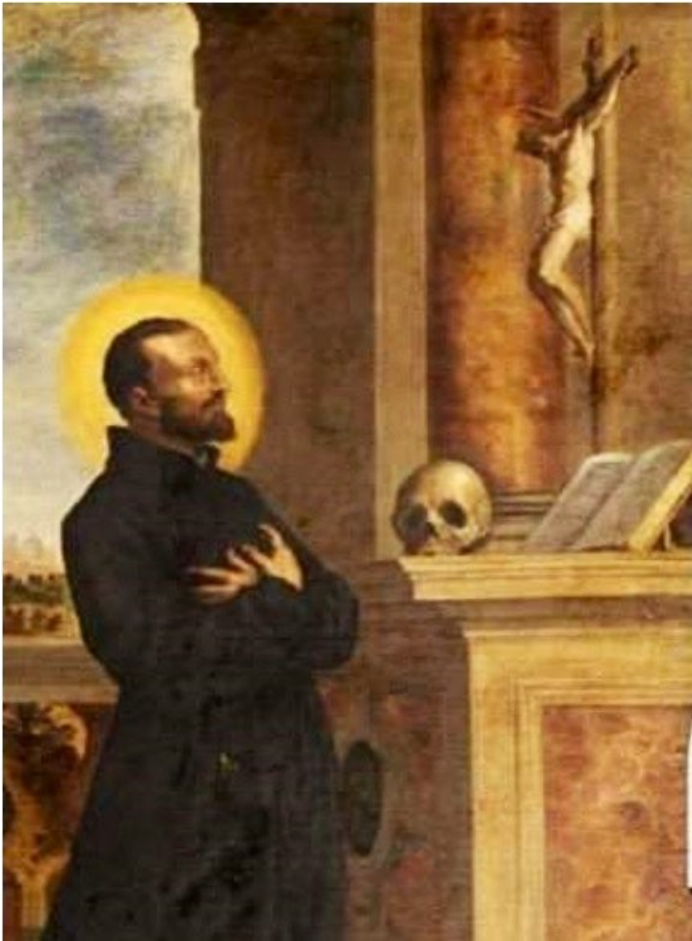


“Dígnate, oh Señor, de defender, pacificar, proteger y custodiar nuestra ciudad.

¡Por favor, escúchanos ahora!

Mira, oh Señor, Padre Santo, desde Tu Santuario y Tu altísima Morada del Cielo, y ve esta Sacrosanta Hostia que nuestro Sumo Sacerdote, tu Santo Hijo, el Señor Jesús, Te ofrece por los pecados de sus hermanos. Sé benevolente con la multitud de nuestros pecados. Esta es la voz de la Sangre de nuestro hermano Jesús clamando a Ti desde la Cruz.

¡Señor, escúchanos! ¡Señor, perdónanos! ¡Señor, atiéndenos y actúa! Dios mío, hazlo por tu honor y no tardes más; pues tu Nombre ha sido invocado sobre esta Ciudad, y sobre tu Pueblo, trátanos según Tu Misericordia. Amén."



Abrazando luego en sus brazos el Crucifijo, que tenía siempre consigo y con quien se entretenía en soliloquios amorosísimos, llamó a todos sus Hijos y Hermanos para manifestar su última voluntad: hacerles herederos, como en un testamento, de un gran todo, y de una gran nada, para que confiando en la Providencia Divina, estuvieran libres de la posesión de bienes estables, y sin pedir nunca a otros lo necesario para su propio sustento. De hecho, dijo:



“Mis queridos hermanos, vosotros sabéis que pobre he vivido, y pobre quiero morir, es más, desde los primeros años he deseado y también después de la muerte como compañera a mi amada pobreza, sin querer ni siquiera una parcela propia de tierra, en la que ser enterrado. Es el único patrimonio que os dejo en herencia, y que os hará siempre ricos y seguros, si lo conserváis depositado en los tesoros de la Divina Providencia. Os recomiendo la observancia exacta de nuestras Leyes, y el habitual celo por la asistencia y la conversión de las almas”.

Luego concluyó el discurso, con estas palabras tiernas y humildes:

*“Una y otra vez he rogado a Dios que me diera espíritu de Prudencia y de Atención, para no contristar nunca a mi prójimo. No creo haber molestado o disgustado a ninguno de vosotros, pero **¿Delicta enim quis intelligit?** Si alguien se siente ofendido por mí, ahora humildemente le pido perdón”.*

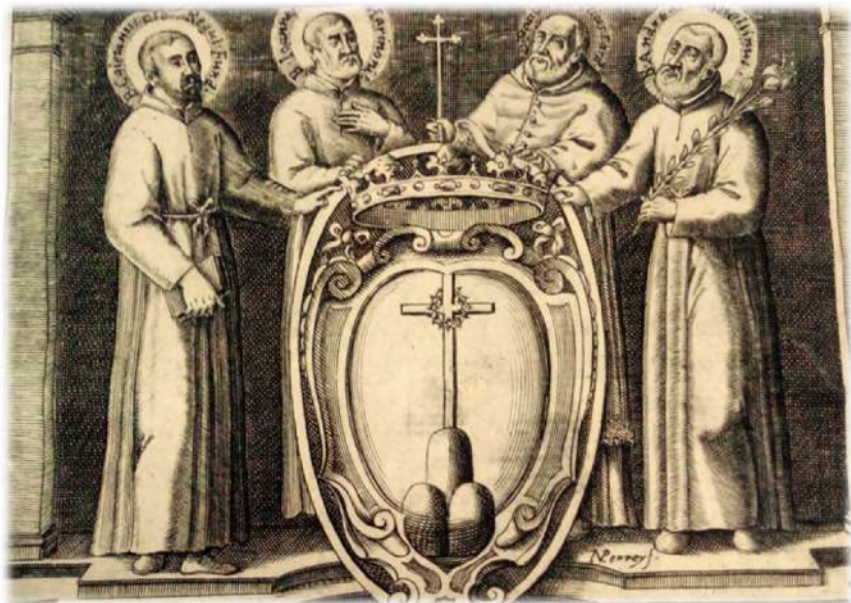
Quería continuar, pero las lágrimas y los sollozos de los religiosos presentes al ver desaparecer a su santo y amadísimo Padre lo detuvieron, también él tomado por la compasión. Se dirigió de nuevo al Crucificado con palabras de amor y de confianza, expresando sus ansiedades y suspirando de poderlo ver y gozar en el Cielo. Así permaneció



hasta el último aliento, inundado de sentimientos vigorosos y perfectamente consciente que elevaba el espíritu a Dios, en alta contemplación. Más aún, apareció en aquella última hora más bello y tranquilo que nunca, con los ojos que brillaban de alegría y de esperanza, como si ya pre gustara la dulzura de aquel Paraíso, que lo esperaba. Este suspiro

plácido suyo fue observado por los presentes, incluso cuando lo vieron dar su último aliento, siempre sereno y con el solo movimiento de los ojos y de las manos que se elevaban hacia el Cielo, casi como un niño que duerme, en vez de un hombre que muere.

La muerte de San Cayetano tuvo lugar el domingo 7 de agosto, a las 19:00, en el año de nuestra salvación de 1547, en el 23º aniversario de su Ordenación y su 67 años de edad.



11. Conclusión

Hay que reiterar que la espiritualidad de San Cayetano es muy variada, polifacética, por lo que es casi imposible abarcar totalmente la experiencia mística de la que fue un celoso Apóstol. Solo podemos añadir que San Cayetano fue y es invocado por sus devotos no solo como el Santo de la Providencia, sino también como protector de los enfermos y de las madres, y de todos los que, agobiados por grandes dificultades tanto materiales como espirituales, se dirigen a él anhelando alivio y paz.

Bibliografia esencial

G. M. Magenis, *Vita di San Gaetano Tiene*, Venezia 1726

G. M. Zinelli, *Memorie istoriche della vita di San Gaetano*, Venezia 1735

G. Caracciolo, *Vita D. Cajetani Tienis*, Pisa 1738

P. Paschini, *San Gaetano Thiene, Gian Pietro Carafa e le origini dei Chierici Regolari Teatini*, Roma 1926

P. Chiminelli, *San Gaetano Thiene cuore della Riforma cattolica*, Vicenza 1948